

*EL NEGRO EN CUBA*¹

Por: **GASTON BAQUERO**

Uno de los tópicos favoritos del exiliado blanco cubano es de la inexistencia en Cuba, antes del comunismo, de conflictos raciales.

Como casi todos los tópicos ese del no racismo, de la no discriminación, del no conflicto, es falso. Es una utopía, un fragmento de la más bella utopía soñada por el género humano, la pretensión de que haya existido o pueda existir por ahora una convivencia pacífica, consolidada por la igualdad real y práctica de posibilidades y de derechos, entre razas diferentes en un mismo país.

Dondequiera que estén conviviendo dos razas, dos religiones, dos idiomas, dos culturas, dos niveles económicos distintos, hay segregación, hay discriminación, hay lucha de razas, y una de ellas tiende instintivamente a dominar a la otra para dejarla al margen de las posibilidades de bienestar, de acceso al poder, y de aseguramiento del porvenir.

Desconocer esto es desconocer la historia pasada y presente de la humanidad. Dicho de una manera simbólica, desconocer la lucha perpetua de unos hombres contra otros por apoderarse del mando y de la riqueza, es desconocer la trágica supervivencia del episodio bíblico de Caín y Abel.

Entre los hombres de una misma raza, de una misma religión, de una misma cultura, de una misma capacidad económica, se reproduce también todos los días, en grande o en pequeño, cruenta o inocuamente, la tragedia de Caín y Abel. La presencia de "otro", distinto, extraño, desvía momentáneamente el instinto de agresión, trasladándolo del igual al diferente.

Si hay señales, diferencias visibles, pruebas de que no se pertenece al clan dominante, la lucha es más fácil, más justificada por parte de los beneficiarios, los agresores, y más sufrida por parte de las víctimas. Cuando los blancos – o los católicos, o los negros, o los protestantes, o los ricos, o los pobres- se quedan solos, acaban siempre mordién dose, despedazándose entre sí para alzarse cada cual con la presa si es posible. Pero si quien se acerca al banquete, si quien pretende participar o está participando, es distinto, diferente- negro, judío, extranjero, de otra religión, de

¹ La enciclopedia de Cuba. Tomo 5 Playor. S.A. Madrid, 1974

otro partido político, pobre, etc.-, todos los otros se unen (provisionalmente) para acabar con el intruso.

Esta es todavía la ciega ley de la vida, el instinto zoológico de conservación. Esto es así, en todas partes, porque el ser humano se encuentra aún en los albores, en los balbuceos, y muy débiles, muy tenues aún, de la condición humana. El hombre sigue siendo una fiera. Está saliendo apenas de la animalidad, de la reacción desnudamente zoológica, instintiva, brutal, ante los obstáculos del mundo.

En esa cosa primitiva que es aún el mundo de los hombres (probablemente nuestra especie es, en el universo, la menos inteligente, la menos desarrollada, la menos racional de cuantas pueblan los mundos), no cabe pretender que actuemos como seguramente actuará el hombre dentro de diez siglos.

Lo humano del hombre está comenzando, es una lenta insipiencia, un tímido y minúsculo indicio de lo que llegará el hombre, el instinto impera sobre la razón. La cultura es aún un proyecto lejano, lejanísimo, porque la cultura no es otra cosa que la subordinación, el enriendamiento de la animalidad, por la voluntad del hombre sobrepuesto y dominador de su bestia propia y personal.

En tanto no se alcance esta superación del sub-humano o pre-humano actual, es absurdo, es pueril, hablar de que amamos al prójimo, y de que en una ciudad fundada por blancos, los negros (o amarillos, o los rojizos) pueden vivir sin problemas, de igual a igual. Tampoco puede existir para los blancos en una sociedad fundada por negros. Eso no existe todavía, no ha existido jamás bajo la bóveda celeste.

Alemania parecía ser la nación más civilizada, más importante de la historia, después de la China antigua y de la Grecia del siglo y antes de Cristo. Allí habían nacido Goethe y Federico Nietzsche. Todo lo valioso que el hombre ha dicho en los siglos XIX y XX, se dijo primero en alemán. Sin embargo, fue allí, en la nación de las naciones, en la cuna y trono de la inteligencia, donde se produjo el estallido zoológico más humillante para el ser humano.

Ciertamente, el racismo de los nazis no era sino la última posibilidad que quedaba a la raza blanca para seguir ocupando el primer puesto en la brutal historia por donde ella se había paseado durante siglos como un vampiro insaciable. Pero la fiereza de Hitler le llevaba a devorar por igual a los judíos y a los blancos de otros países, que se habían tragado previamente a los negros, a los indios y a los chinos. Comiéndose a Francia, Hitler estaba, de paso, almorzándose las posesiones francesas en África y en Indochina; tragándose a Gran Bretaña, se merendaba de paso un imperio donde efectivamente el sol no se ponía jamás. Hitler quiso poner de acuerdo por

la fuerza a los blancos, bajo su batuta, desde luego, y los blancos se coaligaron contra su único posible paladín. Hitler cayó, y la Europa colonialista e imperial murió con él.

Los negros, los chinos, los asiáticos de todo matiz (incluyendo en primer término el matiz ruso, como quería Spengler), asistían a aquella lucha de fieras entre blancos, con una sutil sonrisa. Adivinaban que la Europa blanca, colonialista, feroz, iba a ser sustituida provisionalmente en el poder mundial por una nación que tenía dentro el veneno de su disolución, que no podría jamás llegar a ser un imperio tipo Gran Bretaña, o tipo Francia, porque era una nación mestiza. Europa, por su ceguera, por sus guerras entre blancos, dejaba vacío el trono, y Norteamérica tendría que ocuparlo efímera e ineficazmente, por una simple razón de vacío que se llena con el cuerpo más próximo, valga lo que valga, sirva o no sirva. Norteamérica estaba hecha con un mestizaje tal, con una mezcla de razas y de europeos resentidos de tanta entidad, que no les sería posible de ningún modo ocupar el puesto imperial de los europeos blancos. ¿Por qué? Porque Norteamérica no es una nación blanca. Procuró imitar a los europeos subyugando al negro, pero el negro ganó finalmente la partida.

Y la ganó porque Norteamérica no es una nación europea. Infortunadamente para la raza blanca; afortunadamente para las razas de "color"). Alexis de Tocqueville, advirtió que dentro de cien años- es decir, ahora, hoy- ese país sería destruido por el conflicto racial, por la presencia y actividad de los negros. Adolfo Hitler le añadió a Tocqueville la observación de que Norteamérica se hundiría además por el lastre judío que lleva en las entrañas.

“Por más que vivo y trabajo entre paredes de cristal, no soy comprendido”.

Antonio Maceo

Con lo dicho hasta aquí, que parece salirse del tema, pero está en el centro mismo de él, se deja recordarlo a los espíritus simples que hablan del racismo de Hitler o del gobernador Wallace como si fuera una cosa muy extraña y peculiar de unos señores malvados, que el racismo es una reacción general, universal y todavía biológicamente inevitable, dondequiera convivan-compitan- dos o más razas. Que llegue a la violencia o se mantenga en los límites de la cortesía, depende de las circunstancias.

Desde el momento en que Cuba, comunista o no, tenía y tiene en su seno blancos y negros, Cuba tenía y tiene dentro un problema racial. Esto es obvio. Esto está en la naturaleza humana, de la que ya hemos dicho que se encuentran tan lejos de la humanización verdadera como de la llegada al planeta Júpiter. Lo que vamos a ver en estas notas que siguen, escritas sin resentimientos, sin cólera, sin racismo negro, sin desatender lo positivo del balance histórico, es

que toda la historia de Cuba, desde el siglo XVI hasta nuestros días, se explica en función del problema negro, en razón de la presencia cuantiosa, predominante en ocasiones, pero intensamente repudiada, del negro en Cuba.

¿Por qué ese país, con su siglo de oro en la primera mitad del siglo XIX, con su indiscutible superioridad intelectual y económica sobre casi todos los otros países americanos, no fue independiente sino setenta años después que el resto de América? ¿Por qué fue posible que los comunistas llegaran a apoderarse de un país rico, sin grandes conflictos laborales, sin conflictos agrarios sin inclinación ninguna a vivir bajo un régimen totalitario? ¿Por qué se produjo el Tratado de París? ¿Por qué la Enmienda Platt? ¿Por qué la base de Guantánamo? ¡Por miedo al negro!

“El día (¿qué investigador lo conoce? ¿Qué erudito lo conoce) en que un amo blanco cohabitó en un barracón o en plena manigua con una negra esclava, fue luminoso para la humanidad, como todos aquellos en que los seres humanos, mirando para la afinidad esencial de la especie, se acercan, se abrazan se ven en la descendencia”

Elías Entralgo, La liberación étnica cubana.

Dicho así, de golpe, parece una atrocidad y una descomunal falsedad. Y lo parece, sobre todo, porque el cubano blanco no podrá creerlo jamás, no lo ha pensado nunca, ni, en el fondo, puede creerlo. Necesita no creerlo. Pero el comunista sabe que si él está en el Poder es porque Batista no quiso ser un soldado mulato, sino un caballero blanco, y porque la aristocracia cubana, la élite económica, blanca, naturalmente, quería a toda costa salir de Batista, y no por razones políticas, ni ideológicas, ni morales, ni filosóficas. Esa aristocracia veía en Batista a un negro; lo vio desde el 4 de septiembre, y pese a que el propio Batista sentía esa actitud de los blancos hacia él como una afrenta, como una injusticia y como una calumnia.

Si, el negro es el eje, la constante sobre la cual gira la historia cubana. Hubo Pacto de Zanjón por miedo a los negros en armas. La propaganda española, y antes del 68, se basaba en esta frase: “Cuba, o española o africana”. Cuba estuvo ausente del tratado de París, porque tanto los españoles como los norteamericanos y como los cubanos blancos, temían “un nuevo Haití”. El propio Simón Bolívar, quien en los tiempos iniciales de la guerra contra la Corona pensó en suprimir la amenaza que era el puerto de la Habana, sitio de concentración española de armas y de hombres, y habló de una expedición de Páez, luego, en 1826, vencida ya la corona, escribió al general Santander en vísperas del Congreso de Panamá: “La libertad de Cuba puede esperar; nos basta con un Haití en el Caribe”. ¿Por qué? Porque el Libertador sólo podía hacer una parcela de la revolución, ni él mismo podía ir más allá de la evolución de la historia. El era el representante de la aristocracia blanca criolla, la del español nacido en América, que no quería seguir sometida

a la Corona, pero que sustituía el poder de la Corona, los privilegios otorgados por ésta a los suyos, por el poder para la aristocracia nativa y por los privilegios para las élites u oligarquías nacionales. Ni el negro ni el indio iban a tener acceso al Poder, no obstante que más de cuatrocientos mil negros dieron su vida por arrojar a la corona del mando en el Nuevo Mundo. El indio perdió el ayllá, y el negro tardó mucho en conocer de veras la abolición de la esclavitud.

Y digo esto de Bolívar a fin de que el cubano blanco no se sienta ni preocupado ni demasiado culpable. Ha actuado en la historia ese cubano blanco como actúan los hombres (en esta etapa del lento proceso de humanización o de civilización en que aún nos hallamos) en todas las latitudes. En términos generales, y gracias a la abundancia, a la facilidad para el enriquecimiento que ofrecía Cuba a los privilegiados, es deducir, a los blancos pertenecientes a la casta dueña del Poder desde el siglo XVI hasta nuestros días, el cubano blanco ha sido menos cruel, menos despótico, menos tiránico con su compatriota negro, que el blanco de otras naciones con sus negros y con sus indios. La matanza de negros en Cuba republicana fue incomparablemente menor, inexistente casi, si pensamos en la suerte que corrieron los indios y los negros en Hispanoamérica a partir de 1825. Porque, lo repito, en toda partes el ser humano es todavía egoísta, feroz, implacable con quien ve con obstáculo o rival para su bienestar o el de sus hijos. En cuanto pueda aniquilarlo, lo aniquila, con el pretexto que sea: un día dice que es por la religión distinta, otros que es por las ideas políticas, otro que es por la raza “inferior”, otro que es por la moral, pero siempre la fiera encuentra el motivo que justifica a sus ojos expulsar al otro comensal, al atrevido que quiere sentarse a la mesa y compartir los alimentos.

Termino esta observación de carácter general sobre el problema universal del racismo con una nota que de antemano califico de pesimista, pues está dictada por un fatalismo que me parece trascender de la propia indiferencia y pavorosa frialdad de la naturaleza ante la presencia del hombre. La nota es ésta:

Hay cuatro elementos primordiales: la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Hay cuatro razas humanas básicas, bien definidas, marcadas por caracteres diferenciales evidentes: los blancos, los negros, los amarillos y los cobrizos o rojos.

Las cuatro razas están puestas por el Creador-o, si se prefiere, para no implicarnos en cuestiones teológicas, están puestas por la naturaleza -,en cada uno de los cuatro puntos cardinales; además, a cada una de esas razas corresponde de manera exacta y rotunda uno de los elementos: el norte es el asiento de los blancos, y es el aire su elemento identificador; el sur es el asiento de los negro, y la tierra es el elemento más parecido a esa raza; el este es el asiento de los amarillos, y allí es el agua lo que da mayores afinidades con la personalidad humana y con su

psicología; finalmente, el oeste es la cuna del hombre rojizo, del hijo del cobre enrojecido por el fuego.

Los cuatro puntos cardinales, como los cuatro elementos, están al mismo tiempo coexistiendo entre sí, pero conservando su individualidad; y lo que es más grave, los cuatro elementos son indispensables para la existencia de la vida, y, recíprocamente, indispensables para subsistir los unos y los otros, pero son antagónicos e irreconciliables entre ellos: viven en guerra permanente. En tanto que individualidad, son una maravilla; fundidos o demasiados próximos se vuelven irreconciliables, dejan de ser.

¿Y las razas? Los idealistas sueñan con una gran fusión mundial de los pigmentos, con un mestizaje ecuménico que permita borrar las fronteras del color que hoy separan y facilitan el antagonismo entre humanos, ¿Tiene sentido eso? ¿Cuántos siglos deberán transcurrir, sin que la mezcla se interrumpa, para que la fusión se produzca y no queden sobre la tierra sino seres de un mismo color?

En tanto se llegue a semejante desideratum, cabe recordar estas dos posturas: la de Abraham Lincoln y la del obispo Espada. Lo que Lincoln quería hacer de veras con el negro era devolverlo al África- idea que en algún momento pasó por las criollas cabezas de Arango y Parreño y de José Antonio Saco-, pero se encontró con la imposibilidad material (falta de suficientes barcos principalmente) para “reparar el error” blanco de llevar negros a América.

Esa es una postura, está abandonada ya, por el fracaso de Liberia como imán para que el negro quisiese volver por sus propios pies al África ancestral, y porque el negro, el hombre de la Tierra, el Hombre-Tierra por excelencia, se apegó de tal manera a su nuevo ámbito, que nunca ha querido salir de él. Los débiles movimientos pro-vuelta al África de algunos negros norteamericanos fracasaron en cuanto llegaron al África los primeros: los africanos los veían como a extraños, como a norteamericanos no como a negros. Lo propio ocurrió cuando en algunas Universidades americanas los racistas negros impusieron el estudio del Suahili: a los tres días de estar allí el profesor traído de África para explicar el idioma, comprendieron los negros norteamericanos que su cultura es norteamericana, y por ende su idioma verdadero, su idioma de pensar y de sentir, es el norteamericano, no una lengua que, por otra parte, ni sus tatarabuelos africanos conocieron jamás. Incidentalmente quiero recordar que los primero negros llegados a tierra norteamericana eran bautizados por los españoles, hablaban español y procedían de un embarque sacado de Cuba; sus nombres eran Pepe, Luisa. Pedro, etc. Un año antes que el Mayflower llegaron estos negros para quedarse en la tierra que un siglo atrás recorriera de costa a costa otro negrito español, Esteban o Estebanillo, el que fue con Cabeza de Vaca, el de los “Naufragios”.

Nadie le hizo caso al obispo Espada, y es de creer que buena parte de los odios y de las persecuciones que se volcaron sobre él nacieron de esta idea. El no había nacido en Cuba, no tenía descendencia, y posiblemente lo vieron como a alguien que podía hablar de mezclarse con una raza "inferior y salvaje", porque no siendo padre, no tenía sentido ni instinto de la perdurabilidad de la raza blanca.

Si poco práctica y menos realista debió sonar la iniciativa del obispo. Hoy mismo, hablar de esto es cosa que ofende por igual a los blancos y a los negros. Fusión en el fondo es desaparición de los fundidos. De una manera racional, planificada y consciente, ni los blancos quieren dejar de ser blancos, ni los negros (ahora, desde unos años a esta parte, con la aparición del orgullo de ser negro, *black is beautiful*, el pelo a lo *african look*, etc.) quieren dejar de ser negros.

¿Y qué falta hace en realidad la fusión universal? Es posible que al paso de los siglos, de los milenios quizá, se llegue a un color humano universal en la pigmentación de los hombres. Será mejor así. En tanto, hay que pensar en un color universal, pero no de pigmentación, sino de sentimientos, de actitudes nacidas de la pérdida del recelo, del miedo a la rivalidad y a la comensalidad. Si perdiésemos el miedo a quedarnos sin comer, perderíamos el miedo al de color distinto.

Hispanoamérica comienza a ver con recelo la sugerencia económica de las naciones africanas. Los europeos, encabezados esta vez por De Gaulle y Adenauer, crearon "su" América Latina en el continente africano. Lo que Norteamérica hizo entre 1896 y 1948, construir un depósito fabuloso de materias primas al sur de su territorio metropolitano, lo hicieron estos sagaces europeos en cuanto tuvieron que admitir la emancipación política de África. Hispanoamérica salió de su emancipación de la Corona española a convertirse en colonia económica de Inglaterra, y así estuvo hasta que la mala cabeza de los europeos los empujó a la guerra mundial del 14; ahí quedó traspasada a manos norteamericanas la hegemonía económica que Inglaterra ejerciera desde 1825 en Hispanoamérica. Siguiendo esta trayectoria, los europeos orientaron la emancipación política de África hacia una "alianza económica" con ellos: llevaron a la Comunidad Económica Europea a veinte países africanos, y comenzó la danza de las materias primas en manos de potencias industriales. Ahora, Hispanoamérica, que comienza salir de la subordinación económica a una potencia industrial, se encuentra con que África, es decir, los negros, se levantaron en el horizonte como el rival más temible. Cobre, café, azúcar, textiles, bananos, cacao y caucho, exactamente lo mismo que Hispanoamérica quiere vender fuera de control norteamericano al mundo, lo venden los africanos. ¿Se comprende el acercamiento de Brasil, Argentina y Chile a Sudáfrica? ¿Y se piensa en lo que esta rivalidad va a pesar en contra

de la amistad racial, con todo y pertenecer al Tercer Mundo, entre la América mestiza, negroide en tantas zonas, y el África negra?

“Veo que los que fueron contrarios nuestros están viviendo del Estado y de nuestro sacrificios. Mientras algunos capitanes de nuestro Ejército Libertador están de barrenderos en las calles de Santiago de Cuba, los recontra-guerrilleros están de capataces. Esto suena muy mal, y yo no desearía que mis hijos fueran a coger una escoba para barrer por las calles, por falta de dinero para darles educación. Repare en esto, general. Siento decirle que hoy más que nunca deploro la muerte del general Antonio. Si él viviera, yo no estaría pasando tantos trabajos”.

Carta del general Ivonet a José Miguel Gómez.

Subrayo esta cuestión económica porque siempre he visto en ella la raíz verdadera del racismo. Según la cultura de cada cual, hombre o nación, se disfraza el asunto de doctrina filosófica, o de cuestión religiosa, o de problema biológico. Pero siempre, en todas partes, en todos los tiempos, cuando una raza ha sido perseguida como tal, o colocada en situación de inferioridad perpetua, el origen de la agresión está en la economía, en el egoísmo, en el deseo de arrojar de la mesa del banquete, o impedir que se cerquen a ella, los otros, los diferentes, los enemigos. La persecución contra los judíos alemanes no era en realidad obra de racismo, sino consecuencia inevitable del Tratado de Versalles. El racismo fue el pretexto. De haber podido Hitler exterminar a todos los judíos antes de que se lanzase a la guerra, y de continuar Alemania bajo el acorralamiento y el despojo del Tratado de Versalles. El Führer habría inventado el exterminio de otro grupo de habitantes alemanes: o los menores de tal estatura, o los que tuviesen mala conducta, o los alcohólicos, cualquier cosa que justificara alejar de la reducida cantidad de alimentos a las bocas sobrantes.

Planteadas ya estas premisas, la de la universidad de la conducta defensiva, la de la raíz económica y al de la inevitabilidad del racismo mientras subsista el temor de una raza a ver reducidas sus oportunidades en el presente y en el futuro por la concurrencia de otra raza, pasamos a tratar directamente el problema del negro en Cuba.

¿El problema? Si. Puede decirse también: “El negro problema de Cuba “. Porque donde quiera que esté el negro, donde quiera que haya “otro”, hay un problema. ¿Para qué hizo Dios a los negros? Creo que los hizo para crear problemas, para enriquecer el repertorio de ocupaciones y preocupaciones del hombre blanco. De faltar el negro, a la larga el blanco se aburriría mucho, como de faltar la muerte, la vida sería insoportable por lo monótona. Los blancos llevaron a los negros al Nuevo Mundo. Antes de treinta años de haberlo hecho, se arrepintieron. A Carlos V y a

Felipe II les hicieron ver “el peligro”. Hay aquí ya demasiados mestizos”, decían desde México al Rey en 1589. Ya la corona sabía, mucho antes, de rebeliones de negros. Quiso frenarse por todos los medios la salida de más elemento etiópico para el Nuevo Mundo. “Que no vayan ni negros, ni judíos”, se ordenó. Pero ya era tarde. El español de allá necesitaba mano de obra para la agricultura y para la minería. Pervivía entre españoles la idea medieval de que cultivar la tierra era de gente inferior, moros, negros blancos de quinta clase. Un caballero, un hidalgo, no puede ser “un destripaterrones”.

El negro era por naturaleza un gran agricultor, un apegado amoroso a la tierra. Al blanco le gustaba más el aire, la pompa, el ceremonial del señorío. En territorios que se abrían a una nueva forma de vida, en sociedades germinales, la fuerza del trabajo se convierte en la columna vertebral, en la indispensable piedra para asentar sobre ella el edificio. El yunque forma parte de la espada. El negro no parecía ser sino una masa informe de espaldas sudorosas, pero, para bien o para mal, quisieranlo o no los blancos, se estaban fundiendo en las entrañas de aquellas nacionalidades, de aquellos nacimientos.

En todas partes, al paso de los siglos, iba a aparecer el mismo problema. Las minorías blancas, las herederas de la aristocracia de la Corona, quitaron de manos de ésta el poder en 1825, no para compartirlo con los negros y con los indios, con los otros factores de la nacionalidad, sino para retenerlo como un bien propio de la casta, de la clase.

En la primera etapa de los movimientos independentistas, tanto en Norteamérica en 1774 como en Sudamérica en 1810, los caballeros rebelados contra el Rey inglés ofrecieron, en 1775, la libertad a los negros norteamericanos que se le unieran, reaccionaron los caballeros del Rey, y abrieron a los negros libres las filas del ejército revolucionario. La primera mujer que peleó por la independencia de los Estados Unidos fue una negra, Deborah Gannett. Más de cinco mil hombres combatieron por esa independencia. Cuando vencieron los caballeros al Rey, los negros quedaron peor que antes. El mismo proceso se produjo en Sudamérica, con la diferencia de que el total de negros muertos en quince años pasó allí de cuatrocientos mil.

Creo que estamos ya completamente preparados para, sin herir a nadie, hablar del problema del negro en Cuba. No hay que asustarse, ni que pretender ser mejores y diferentes que el resto del mundo. La naturaleza humana es una y la misma en todas partes. Había y hay un problema negro en Cuba. ¿Y cómo no haberlo si allí convivían y conviven bajo un mismo cielo y con unas mismas raíces blancos y negros?

La introducción de negros en Cuba es nuestro verdadero pecado original, tanto más cuanto que pagarán justos por pecadores. Pero justo es también que los miembros de la sociedad

sean solidarios y mancomunados en esa deuda, cuando ninguno de ellos está exento de complicidad.

José de la luz y Caballero

Existe la creencia de que entre los ciento y tantos señores que fueron con Cristóbal Colón en el viaje del Descubrimiento, iba por lo menos un negrito Y a pesar de que se sabe tan poco de cierto y seguro sobre ese primer viaje, y de que la persona que estudió más y mejor todo lo concerniente a la tripulación, la norteamericana Alice Bache Goul, no establece en firme la presencia del hijo de Cam, en aquella abigarrada mezcla de razas, nacionalidades y personajes que subió a la fuerza en la pequeña escuadra colombina, es casi seguro que el extraño portador de la piel oscura participó en aquella misteriosa y casi desconocida aventura.

La seguridad viene de la psicología del negro, y en especial de la del negro que pululaba por los puertos españoles a finales del siglo XV. Había mucho esclavo negro en España- también los había blancos-, pero ya hacia esa fecha se daba mucho en Sevilla, en Cádiz en todo el sur, el negro libre. Se sentían españoles más que africanos, y figuraron en la lucha contra el moro. La esclavitud misma había evolucionado, y quedaban sobretodo los prisioneros de guerra, o los capturados en tierras de infieles. España no compartía la doctrina portuguesa sobre la esclavitud de los negros. La reina Isabel- cuando todavía no había recibido el título de La Católica, que le fue otorgado en 1498, como uno de los tantos frutos del Descubrimiento de América- se deshizo de unos trescientos esclavos regalándoselos al Papa Nicolás. La institución estaba en decadencia, y es muy posible que el número de esclavos negros en la Península fuese igual o menor que el de esclavos blancos. (Muy adelantado el siglo XVI, vemos una y otra vez como Alvarado, Vázquez de Coronado el de Costa Rica y otros conquistadores piden que les envíen esclavos blancos).

Por otra parte, el negro, por lo general tomó lo de su estado de esclavitud con mucho menor dramatismo del que hoy ponemos nosotros en el asunto. El negro andaluzado era muy simpático y dicharachero, y avanzaba mucho, sobre todo en cuestión de amores; Lazarillo de Tormes habla del marido de su mamá, un negrito. Y fue un negro quien le dio a Fernando el Católico la puñalada de Barcelona; prueba de que también se metían en política los negros. ¿Cómo no iba a subir a una de las embarcaciones de la flota de Colón uno de aquellos andaluces de chocolate, cuando no quedó hombre de lo que ahora llamamos marginado que no fuera, por su gusto o a la fuerza, en el viaje de los viajes?

Hay además el hecho, pocas veces recordado, de que el Descubrimiento de América tiene una de sus raíces un problema negro, (En otra, se le debe a los judíos: ellos adelantaron a Isabel el dinero.) Las dos carabelas con que los paleros tuvieron que unirse, por cédula real, a la

nao que Colón había conseguido, estaban obligadas a obedecer la orden de la Reina, porque sobre los tales pesaba un castigo por su atrevimiento de haberse robado a un rey negro de Guinea. Consistía la penalidad en que por un período de tres meses cada año, debían los paleros poner a disposición de la Corona dos carabelas avitualladas y con toda su tripulación, para ir donde la Corona dijese que fueran, y a las órdenes de quien señalase la Corona.

Todo esto quiere decir que había mucha relación entre los marinos del sur de España y los habitantes de la parte africana que siempre recorrieron España y Portugal. En Cádiz, en Palos, en Huelva, iban y venían muchos negros, dispuesto para todo. Los había marinos, pescadores de aquellos que salían con los hermanos Pinzón a buscar sardinas, o hacia la misteriosa isla Antilia o Antilla. Por lo menos uno de ellos, de tanto que pertenecían a la nómina fija de los Pinzones, tuvo que haber ido por su voluntad o a la fuerza en el odioso viaje de los tres meses. Nadie quería ir, no que les pareciese extraño lo que Colón decía, que proposiciones como esa eran cosa diaria en los puertos, sino porque la obligación de servir a la Corona, de trabajar para el trono sin paga, por haberse equivocado en la pesca de un negrito en Guinea, ponía en fuga a media tripulación. Los propios Pinzones remoloneaban de lo lindo para no salir de Palos en esas condiciones. Por eso se hacía necesario requisar a quienquiera aceptara, y se ofrecían rebajas de pena a condenados, y promesas de olvido a condenados. No era que se temiese al proyecto de Colón; era que aquel viajecito a costa de los propietarios y con el producto para la Corona hacía poquísima gracia a pilotos y a marineros. Don Cristóbal, por eso, no se atreve a subir a ninguna de las carabelas forzadas, y va en la nao de los gallegos y los vizcaínos, alquilada por él, y donde se le acata. Ahí no entra la marinería turbulenta y de aluvión que llena las carabelas. En al nao van los marinos profesionales; en las carabelas van los aventureros, los que necesitaban jugarse el todo por el todo con lo que se les presentara, porque fuese por cuestión de raza, de religión, de moral o de policía, estaban marginados. El o los negros, y él o los judíos, iban en las carabelas. Pero de que iban, iban. Negros y judíos estaban por todas partes en busca de señor que los contratara. A los judíos poderosos los habían echado del Reino, y los pobres andaban a salto de mata. La guerra había terminado, y ya sabían negros y judíos que no eran necesarios por ahora. Aceptaban lo que se les presentase.

“Maldito síá el pae Las Casas”.

Negro Malo, personaje de Rómulo Gallegos en Pobre Negro.

Pero si el negro no fue en el primer viaje, fue en el segundo y en los otros de don Cristóbal. Iba en ese tiempo como hombre libre, en la masa de marinos, cocineros, pajes, criados,

que de más en más cada año salía de España para el Nuevo Mundo. Es en 1503 cuando comienzan a llevarlo como esclavo. Los españoles se habían arreglado con los indios, y los primeros agraciados con permiso de minería, mientras la minería era rudimentaria e insegura, se atenían a las encomiendas.

Pero en España ha ocurrido entre tanto un cambio fundamental, que será tan terrible para los españoles como para los hombres del Nuevo Mundo y para los africanos: la caída en manos extranjeras de la Corona de Isabel. Hacia 1520 la nación está prácticamente ocupada, invadida de nuevo, pero esta vez no es el moro, sino el rubio teutón, el austriaco, el flamenco. En este año los extranjeros aplastan a los españoles, a los comuneros. Ya la gente arrogantísima que vino rodeando a Felipe el Hermoso se permitía llamar a los españoles mis indios: oye, indio, ven acá; mira, indio, obedece la orden mía, y el español tiene que obedecer.

Muerto Felipe muy a tiempo y de manera expedita y gentil, los extranjeros no soltaron su presa. En Gante había nacido, y allí fue educado (educado, menos en el conocimiento de la lengua española), el hijo mayor de Felipe y de Juana, Carlos. Cuando, casi un niño, sin saber qué firmaba ni que ordenaba, viene a España a reinar, lo que le acompaña es un ejército de soldados y de funcionarios, de banqueros y de hombres de negocios, de empresarios, lo que ahora llamamos ejército de ocupación. Ya han visto los alemanes lo que todavía los mismos españoles no habían adivinado que tenían del lado de allá del mar. Ahora van a comenzar las grandes empresas. Nada de unos poquitos indios, poco hábiles y como muy cansados, sino mano de obra fuerte, productiva, recia. Ya conocían muy bien los blancos europeos lo que rendía el negro. Y el joven rey- que será emperador sólo cuando los banqueros le consigan, pagándolos, los votos de los príncipes electores, cobrándose ellos con territorios del Nuevo Mundo que el niño “concedería” sin imaginarse siquiera la extensión y la riqueza de esos territorios-, el joven rey es quien firma un día la primera autorización para vender en el Nuevo Mundo cuatro mil esclavos.

El negro lo llevan al cincuenta por ciento dos personas: un flamenco, hombre de confianza del rey, y un español listísimo que ha entrado en contacto con los extranjeros y ha visto la luz del negocio modernizado con mano de obra africana. El español que va a la mitad con el flamenco en la primera venta de negros se llama Bartolomé de las Casas, quien lleva ya algún tiempo persiguiendo tenazmente a los padres franciscanos, propietarios de los indios del Nuevo Mundo y señores que estorbaban mucho el propósito de esclavizar a los indígenas.

El Papa había concedido a los franciscanos “las almas de aquellos herejes”, pero como ocurre que cada alma está unida a un cuerpo, no había quien pudiese tocar un indio sin contar con el franciscano. Bueno era Las Casas para aceptar mansamente un estatus quo tan perjudicial para los hombres de presa y de empresa. Cuando encomendero, tuvo muchos conflictos con los

franciscanos. Cansado ya, y “habiendo visto la luz”, o sea, el negocio inmenso que aquellos frailes y las disposiciones de Isabel estaban estorbando, hizo dos cosas: una campaña difamatoria a gran escala contra sus enemigos y un pacto con los extranjeros recientemente incrustados en la Corona. Se va a la otra orden religiosa que seguía a los franciscanos en lo de tener influencia en Roma; se va a los dominicos don Bartolomé. Pero la Iglesia no quiere dar el espectáculo de una guerra entre órdenes, y menos por la posesión de mano de obra. Las Casas da la batalla contra “los españoles”, cuando lo que él quería decir era contra “aquellos que han recibido del Papa la propiedad de los indígenas”. Su propósito no es deshonorar a España, sino aterrorizar la mente del Papa y hacerlo volver de su decisión sobre los indios. Lo que él quiere, dicho claramente, es dejar a los franciscanos sin mano de obra. No miente porque esté loco ni porque sea judío y odie a España, sino que miente a sabiendas para producir un efecto: es un precursor de los veinte mil muertos y lo de la castración del Máximo Líder. Talento publicitario tenía de sobra Las Casas para hacer multimillonarios a los grandes publicitarios de hoy. Consiguió su propósito en lo de aterrorizar al Papa y hacerlo arrepentirse, pero no en lo de que se traspasase a los dominicos el cuidado de los cuerpos, quiero decir, de las almas. El pleito terminó con lo que llaman decisión salomónica: ni para ti, ni para mí; para éste. Un tercero, que apenas tenía fuerza en Roma, el jerónimo, se llevó el gato al agua.

Pero bueno era Las Casas para contentarse con haber despojado de mano de obra a sus competidores: vio la luz, vio el horizonte económico, vio clarísimamente el negocio: ¡los negros! Debió sonreírse mucho el padre cuando halló la solución del problema. El indio, que se quedase con quien lo quisiese; él se quedaba con los negros. Ya no reinaba en España aquella señora muy buena pero demasiado idealista – según el sentir de los hombres de empresa-, que se llamaba Isabel. Ni estaba el Cardenal Cisneros, franciscano. Ahora estaban montados en el macho los muy prácticos y realistas extranjeros, los alemanes. A ellos va Las Casas, pacta con ellos, monta el negocio, ¡y adelante!

La consecuencia de esta acción de las Casas es resumida por Jorge Luís Borges-Historia universal de la infamia- en la forma siguiente:

“En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lastima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas. A esa curiosa variación de un filántropo debemos infinitos hechos: los *blues* de Handy, el éxito logrado en París por el pintor doctor oriental D. Vicente Rossi, el tamaño mitológico de Abraham Lincoln, los quinientos mil muertos de la Guerra de Secesión, los tres mil trescientos gastados en pensiones militares, la estatua del imaginario Falucho, la admisión del

verbo linchar en la decimotercera edición del Diccionario de la Academia, el impetuoso film Aleluya, la fornida carga a la bayoneta llevada por Soler al frente de sus Pardos y Morenos en el Cerrito, la gracia de la señorita Tal, el moreno que asesinó Martín Fierro, la deplorable rumba El Manisero, el napoleonismo arrestado y encalabozado de Toussaint Louverture, la cruz y la serpiente en Haití, la sangre de las cabras degolladas por el machete del papalón, la habanera madre del tango, el candombe”.

Entre las muchas cosas que Borges pudo añadir, de haber mirado un poco más hacia las Antillas, figuran éstas: la horrible cosa llamada “poesía negra “, y la trayectoria política, económica y cultural de la Isla de Cuba, desde los tiempos de Diego Velásquez hasta lo del actual propietario absoluto de vidas y hacienda. Ese largo periplo de dictaduras hacia dictaduras, con muy breves intervalos de libertad, es en rigor un viaje alrededor del negro. Toda la historia de Cuba, la de ayer como la de hoy, puede explicarse en función de la presencia negra. Hablemos de esta presencia.

...negro no llega a los postres.

Juan Parado, personaje de Rómulo Gallegos en Cantaclaro.

En la jerarquización social establecida por los españoles en el Nuevo Mundo se tuvo en cuenta el origen racial de los individuos. Había esclavitud en España en el siglo XV, y la historia recoge un regalo de trescientos esclavos hecho por Isabel la Católica al Papa Nicolás IV.

Los prisioneros de guerra eran convertidos en esclavos si no estaban bautizados en la fé católica, Los había blancos y negros. Estos, por lo general, venían a través de los portugueses, que fueron los creadores del comercio de esclavos. Compraban en África esclavos (nunca hombres libres, digámoslo para ser justos) y los revendían.

En España no había diferencia de razas, todos los españoles eran blancos; pero había castas, diferencias profundas de castas. Los empleos, los derechos, las obligaciones, estaban perfectamente jerarquizados de acuerdo con la casta, con la familia, con la sangre y con la religión. El esclavo ocupaba el sitio más bajo de la escala social.

Cuando los españoles estructuraron las nuevas sociedades americanas, trasladaron a ellas el mismo sentido de la jerarquía social. Aquí esa jerarquía se complicó con las diferencias de razas. En el peldaño más alto de la escala estaba el español de España, dominándose así al funcionario de la Corona, al comerciante ligado directamente con la Península y, en general, a todos los que pensaban volver a España, a los que se sentían españoles y nada más que españoles.

Luego venía el criollo, que era lo que podemos llamar el español de América, el nacido allí o radicado de por vida. Desde los primeros tiempos, chocaban entre sí, y muy fuertemente, los

españoles de España con los españoles de América. Estos veían en el funcionario de la Corona, en el español que seguía al servicio “de allá”, a un enemigo o por lo menos a un intruso. Trabajaba el de América, y los impuestos, las gabelas, los diezmos, las regalías, venían para España gracias a la vigilancia y autoridad del español de la Corona.

Fue naciendo así la primera gran división, la dicotomía que finalmente daría al traste con el Imperio. Los dos españoles estaban frente al indígena, pero entre ellos no se llevaban. El español de allá acabó por inventar todo un sistema de ocultación y de reserva para que la Corona no le extrajese el jugo de su trabajo. Nació así la terrible costumbre de ver al Estado como a un cobrador molesto e injusto. El Nuevo Mundo se convirtió rápidamente, por otra parte, en la banca de la casa de Austria. Los votos para que resultase electo emperador el Rey Carlos fueron pagados con concesiones onerosísimas sobre territorios americanos. El español de allá, el criollo, siente que es él quien está pagando las guerras de Europa; siente que está trabajando para los flamencos, no para España, no para el pueblo español. Por eso esconde cuanto puede, sisa de lo lindo, y se hace consigna una frase terrible: “Robar al estado no es robar”.

Después de esos dos estamentos, blancos ambos, apareció en la jerarquía el mestizo, o sea, el hijo de español e india. El español, a diferencia de muchos otros europeos, no ha regateado nunca el mezclar su sangre con la de otra raza. Ya cuando van a la conquista de México, deja Cortéz hijos en Cuba, mestizos cubanos. Y cuando lo de la Florida, cuenta el inca Garcilaso, que dio muestras de gran arrogancia un cubanito, hijo de Vasco Porcallo de Figueroa con una india, porque, habiéndole matado los de Miami el caballo, se negó a aceptar el que le ofrecían de repuesto, porque, decía, un caballero como él sólo podía aceptar un caballo del Rey o de su padre.

Los mestizos se sitúan en el tercer peldaño, pero esto no los libra de ataques, prohibiciones y limitaciones de todo orden. El español de la Corona, el funcionario, ve en el mestizo el problema más grave. El indio, hasta ese momento, no era nada en la escala. Era el objeto de la piedad de los religiosos, como un niño al que ha de orientarse para que acierte con el camino. Pero al aparecer una generación de mestizos, la situación del indio cambió, se hizo más difícil. De todos modos, otra raza extranjera iba a venir a darle al indio un respiro, no sólo en el trabajo de las minas, sino en el de la laboriosa inserción en la escala social.

Cuando el negro fue tomando presencia considerable, porque el número aumentaba más y más cada año, fue ese negro el que quedó colocado en el fondo de la escala, en el suelo raso. Pero como no fueron negros solos, sino que también comenzaron a ir negras, reapareció la actividad de los españoles en el campo de Venus. A poco estaban allí los mulatos, los hijos de español y negra.

El mestizaje racial con eso de las leyes de Mendel y todo lo demás, es muy complicado, y se vuelca en un verdadero arco iris. Mezclas y contramezclas, colores van y colores vienen, y a

poco la sociedad creada por los españoles en el Nuevo Mundo muestra todo un espectro de pigmentos y características raciales. Naturalmente, como el blanco puro, el blanco de Castilla, está en la cumbre de la escala, la jerarquía va a hacerse ahora partiendo de la aproximación o de la lejanía del color blanco, Aparece así una característica que luego será vigorosísima en Cuba y en otras naciones hispanoamericanas: la que no va a existir en realidad un problema de razas, sino un problema de colores. El que parece blanco es blanco, y el que parece negro es negro, y asunto terminado. En Norteamérica, por la tendencia europea a indagar mucho los ancestros, quien tenga una gota de sangre negra, es negro aunque sus ojos sean azules y su cabellera rubia.

Naturalmente, la existencia de esa escala, rígida escala, era una tentación para hacer cuanto fuese por acercarse al peldaño superior. El blanco criollo corría a enriquecerse y a comprar un título, para equipararse al blanco de la Corona. El mestizo, en cuanto podía se las arreglaba para casarse con blanca, para "adelantar", para aproximarse al blanco puro. El mulato, si no había salido demasiado achocolatado -"atrasado", decimos en Cuba-, se deslizaba también, cauteloso, como un gato, hacia el peldaño inmediato superior, y en el primer descuido de los alguaciles se inscribía como blanco. (Llegaría un momento, bajo Fernando VI, en que la necesidad de inventar arbitrios y socaliñas llevó a la Corona a vender "papeles de blanco", o sea, que usted iba y compraba unos papeles oficiales donde se certificaba que usted era blanco, y asunto terminado).

Todas estas idas y venidas dieron en la América Hispana la siguiente diversificación racial:

De español y de india nace mestiza,
De español y mestiza nace castiza,
De español y castiza torna a español,
De español y negra sale mulato,
De español y mulata sale morisca,
De morisco y española sale albino,
De albino y española nace torna atrás,
De mulato e india nace calpamulato,
De calpamulato e india sale gíbaro,
De negro e india sale lobo,
De lobo e india sale cambuja,
De indio y cambuja nace cuarterón,
De cuarterón y mestiza nace coyote,
De coyote y morisca nace albarazado,

De albarazado y salta atrás nace tente en el aire,
De mestizo con india nace cholo, y
De negro con mulata nace zambo.

Como ya se dijo, la situación social dependía de la cercanía o alejamiento del blanco. Naturalmente, quien recorriese el camino a la inversa y se aproximara más al negro que al blanco, quedaba en la parte más baja de la escala. La investigación de la pureza de sangre, cuando el color no era suficiente garantía, se mantuvo hasta el siglo XIX- y en ciertos medios hispanoamericanos se ha mantenido hasta nuestros días. He leído en Víctor Alba que al difunto general Odría, cuando era presidente del Perú, le negaron la entrada al Club de la Aristocracia- el Yacht Club de Lima digamos- porque tenía una abuela india; y en ese mismo autor se lee que en Bolivia no pudieron nunca los Patiño, con todos sus millones, ingresar en el Club de la Elite, de los blancos, porque también tenían abuelos indios. Millonario era Alfredo Hornedo, y ante la negativa a admitirle como blanco, no tuvo más remedio que construir un club; se pensaba que allí serían admitidos los mulatos -los negros, jamás-, pero don Alfredo puso también un filtro, y sólo pasaban los que parecían mulatos. Las bolas negras a Batista y a otros poderosos, en el Biltmore y en el Yacht, eran una radiografía de la ceguera infinita de la burguesía.

“!Negro bueno, sufrido y rebelde! ¡Pueblo mío que lo
Llevas en tu sangre como una vergüenza, y en tu
Pecho como una tormenta!”.

Rómulo Gallegos en Cantaclaro

Tenemos, pues, que ese negro presente en Cuba desde los días mismos de Diego Velásquez, aun cuando fuese libre (y hubo negros libres en Cuba desde el primer momento), pertenecía al último peldaño de una escala. No tenía derecho sino ciertos oficios. No podía aspirar ni a sacerdote, ni a médico, ni a ninguna otra profesión. Eran las mismas leyes que regían en España para las castas nacionales, blancas, pero de diferentes posiciones económicas. Esto explica la graciosa ironía de que el Beato Martín de Porres, hijo de negra panameña y de padre blanco, pudo llegar a santo, pero no pudo llegar a sacerdote. La orden de los dominicos no admitía negros. (Todavía por los años 50, quien esto escribe hubo de pagar gastos de viaje y de habilitación a una joven mulata cubana, que estaba empeñada en hacerse monja carmelita; los reverendos superiores de la Habana, españoles, intentaron disuadirla por todos los medios, pero ella, erre que erre, hasta que le dijeron francamente que hasta ahí se podía llegar: carmelitas

negras, no; no faltaba más. Ante su llanto, alguien le dijo: “Procure ir a México, que allí, como hay tanto indio, va y la admiten “).

En los dos primeros siglos, la historia nos muestra al negro en Cuba trabajando sin cesar, y sintiéndose desde el primer momento como parte de aquella nacionalidad. El negro está en todo. Si llegan los piratas, el sale de los primeros a jugarse la vida. Si hay que construir rápidamente un torreón para proteger un puerto, es el negro quien echa el alma, y el torreón se construye, y dura siglos. Con todo eso no gana terreno en la estimación social, aun cuando va penetrando en la sensibilidad de los mejores, hombres y mujeres, el sentimiento de su mansedumbre, de su docilidad, de sus sufrimientos. Los cubanos blancos van acostumbrándose a no ver en el negro “ un fiero africano”, un salvaje, un antropófago. En el XVI y en el XVII hay en la Isla relativamente pocos negros, porque como es sabido, esos fueron para Cuba siglos de aletargamiento, de inercia casi. Los españoles estaban atareadísimos con las grandezas del Perú, de México, del Río de la Plata, y Cuba estaba casi reducida al puerto de La Habana. Se iba formando, como en todas partes una sociedad muy bien jerarquizada, con sus grandes familias en la cumbre, sus funcionarios y agricultores y ganaderos en el medio, y sus esclavos y pobres en el sótano, pero todo eso se desarrollaba sobriamente, sin ruido y sin esplendor. De cuando en cuando llegaban a la Corona los ecos de una rebelión de esclavos, de unos cimarrones en fuga, metidos en el palenque, pero a poco llegaban las noticias del exterminio de la resistencia. Era la Isla donde nunca pasaba nada, fuera de un asalto de piratas, de una dominación brevísima de los ingleses, o de unos disgustos con los funcionarios por cuestiones de honradez administrativa. Nada.

Nada hasta que Europa entra en ebullición, por motivos políticos y por motivos de la evolución industrial gracias a las nuevas técnicas de producción. Ya, hacia la segunda mitad del siglo XVII, hay en Cuba una amplia minoría muy culta y muy puesta en sus derechos frente a las exigencias de la Corona. Comprenden los rectores de esa minoría que el país está produciendo muy poco, que su comercio es ridículo en relación con lo que potencialmente tiene ante sí con el nacimiento de la República de los Estados Unidos de la América del Norte. Con toda su pequeñez, el comercio entre Cuba y Estados Unidos es ya por esa fecha veinte y hasta treinta veces mayor que el comercio entre Cuba y España. Ha llegado la hora de vender más, y para eso hay que producir más.

¿Y quiénes trabajarán lo suficiente para alcanzar ese nivel a que aspiran los hacendados y productores cubanos? Los negros, que rinden tanto en cada jornada, que son tan dóciles y tan baratos. El vocero de los productores cubanos, Francisco Arango y Parreño, consigue en Madrid, ya bajo el gobierno de Carlos IV, lo que necesitaban aquellos cubanos emprendedores para

superar en producción y en comercio a las posesiones inglesas vecinas. Ahora tendrá Cuba todos los esclavos que necesita para producir más azúcar. Ahora podrá Cuba desarrollar sus potenciales y llegar hasta donde prevé Arango y Parreño que se arrepentirá cuando ya sea tarde. La junta de Población Blanca, fundada en 1818, manejará las ideas de Arango para vencer con gente blanca el desequilibrio que se observa con un superávit para los negros. Paradójicamente, esa junta se nutría de un impuesto de seis pesos por cada negro varón que se importase.

En realidad, las ideas de Arango sobre el negro en el azúcar no eran nuevas. La industria quiso nacer en Cuba alrededor de 1523, con la petición de los cabildos de Santiago de Cuba de una compra de setecientos esclavos a cuenta de las rentas reales, para repartírselos entre los aspirantes a azucareros, que pagarían a plazo. Y en todas las peticiones que hacían al Consejo de India los cubanos de esa época, cuantas veces se hablaba de fomentar un ingenio azucarero, se comenzaban “por pedir tal, o cual número de esclavos. En algún caso, un señor pide cincuenta indios y licencia para importar cincuenta negros. Estamos aún en el siglo XVI. Es en 1595 cuando Felipe II da a Gómez Reynel el privilegio de un asiento de treinta y ocho mil doscientos cincuenta esclavos negros, para introducirlos en América a razón de cuatro mil doscientos cincuenta por año. Es con este aporte de Gómez Reynel con la que comienza en firme en Cuba la construcción de ingenios azucareros. Por cada esclavo, el Rey cobraba a Gómez Reynel 30 ducados.

Comienza así la industria azucarera y comienza la rebeldía organizada de los negros. Se estableció casi como una práctica inevitable la fuga de esclavos, convirtiéndose en cimarrones. Fue una lucha permanente entre el dueño del esclavo y éste. El negro amaba trabajar la tierra, pero amaba más trabajarla libremente, monte adentro, sin amo y sin mayoral.

Pasado el tiempo, y luego de la etapa de inercia o rutina en la industria, con la tregua consiguiente en lo que se refiere la entrada masiva de esclavos, volvemos al finalizar el siglo XVIII, que es cuando se abre la etapa decisiva en la demografía cubana. En 1789 se declaró libre la trata. Entre ese año y el de 1796 se crearon más de cien ingenios. En 1792 había solamente 84.500 esclavos, y en 1817 ya se llegaba a los 225.000.

Aquí está el gran problema, para los partidarios de la hegemonía blanca. En 1792 hay en Cuba un 49 por 100 de blancos y un 51 por 100 de negros, entre esclavos y libres (estos últimos formaban el 20 por 100 de la población). En 1817 La población blanca se ha quedado en el 43 por 100, mientras que la negra ha ascendido al 57 (los libres siguen siendo un 20 por 100). Pero ya en 1827 los blancos están en un 44 por 100, y el 66 restante está compuesto negros; en esta última fecha hay solamente un 15 por 100 de libres.

Surge el terror. Hispanoamérica se ha independizado en 1825, y aun cuando esto refuerza la posibilidad de la Corona para mantener un gran ejército en Cuba, representa también un

debilitamiento general del poderío español. La población de Cuba es en ese momento de 704.487 habitantes. Cuando treinta y cinco años atrás había hecho su padrón general don Luís de las Casas, la población era de 272.301. Y de acuerdo con los centros vitales de la economía de la época, esa población se dividía así: en el Departamento Occidental había un 76,5 por 100 de negros y un 23,5 por 100 de blancos; en el Departamento Central, 29 por 100 de blancos y 70,8 de negros, y en el Departamento Oriental, 56,6 por 100 de blancos y 43,4 por 100 de negros. ¡qué lejos se estaba ya de aquel 1775, cuando la población blanca de la Isla ocupaba el 56 por 100 y el 44 restante se dividía entre 26 por 100 de esclavos y sólo un 18 por 100 de libres! ¿Quién iba a atreverse a hablar ahora de independencia?

Y luego, en 1812, cuando los blancos integristas estaban viviendo un momento de euforia por los horrores de Fernando VII, un negro, José Antonio Aponte, se lanzó a una conspiración en que le acompañaba, o le dirigía, nada menos que todo un general haitiano. ¡El acabóse! Al pobre Aponte lo denunció un mulato, Esteban Sánchez, y no obstante que peleó cuanto pudo, fue derrotado. En la historia habitual de Cuba se nos presenta a Aponte como racista, como queriendo dar un golpe a la Corona para entregar el poder a los negros, a estilo Haití.

A partir de ese momento, el negro se hace más cauteloso o más comprensivo de que no le dejan el derecho a pensar por sí mismo en la independencia, sino que siempre deberá acompañarse de los blancos separatistas. No habrá más motivos de recelos en esta actitud, que será luego la del propio Antonio Maceo. Este hombre, muy sagaz, muy conocedor del mundo y de las gentes, vivía rodeado de blancos, y salía bravamente al paso de la más mínima observación sobre una posible ambición suya a gobernar a Cuba algún día. El sabía que tenía derecho a morir por Cuba, pero no derecho a aspirar a nada. No quiso nunca sacrificar la posibilidad de la independencia por ofrecer pretextos a los racistas. Vio la que había en las entrañas del Zanjón, y por eso cedió al fin y puso fin a la lucha. Sabía que de seguir peleando en aquel momento, ya no se le consideraría un soldado de la independencia de Cuba, sino un negro aspirante al poder.

El error de Aponte no volvió a cometerlo ningún otro negro. Uno de los proto-mártires de la independencia, el mulato Andrés Manuel Leocadio Sánchez y Pérez, muere en Camagüey, junto con el blanco Frasquito Agüero y Velazco, A Sánchez no se le ocurre buscar ayuda en Haití, sino en Colombia. Habla de “nosotros”, refiriéndose a todos los camagüeyanos. Esta va a ser desde este momento la norma de cuantos negros y mulatos entren en conspiración y vayan luego al campo de batalla: nosotros son todos los cubanos.

La intervención constante de norteamericanos en los preparativos posteriores a 1826 sirvió en gran parte de garantía a los separatistas blancos. El movimiento anexionista se nutrió también, fundamentalmente, del miedo al negro, como lo vemos explícitamente en El Lugareño.

El propio Saco, de quien no puede decirse que fuera un anexionista, tiene esta cuestión del negro tan en la cabeza que siempre la toma como eje de sus reflexiones sobre si conviene o no lanzarse a una acción separatista. En 1848 escribía Saco a Gaspar Betancourt: "...Somos en Cuba algo más de 400.000 blancos. Nuestra Isla puede alimentar algunos millones de ellos. Reunidos a Norteamérica, la emigración de ésta a Cuba sería muy abundante, y dentro de pocos años los Yankees más numerosos que nosotros, y en último resultado no habría reunión, o anexión, sino absorción de Cuba por los Estados Unidos. Verdad es que la Isla siempre existiría; pero yo quiero que Cuba sea para los cubanos, y no para una raza extranjera".

Y luego entra en el tema de los negros. Teme que si se hace una alianza con otra nación para invadir a Cuba, la Corona consiga que los negros la apoyen, ofreciéndoles la libertad que en modo alguno podrían ofrecerle los norteamericanos. "Tenemos en Cuba 700,000 negros" dice. Y luego resume su temor a ir a una acción conjunta con Norteamérica: "¡No, Gaspar, por Dios!-clama-. Apartemos del pensamiento ideas tan destructoras. No seamos el juguete desgraciado de hombres que con sacrificio nuestro quisieran apoderarse de nuestra tierra, no para nuestra felicidad, sino para su provecho. Ni guerra, ni conspiraciones de ningún género en Cuba. En nuestra crítica situación, lo uno a lo otro es la desolación de la Patria. Suframos con heroica resignación el azote de España; pero sufrámoslo procurando legar a nuestros hijos, si no un país de libertad, al menos tranquilo y de porvenir. Tratemos con todas nuestras fuerzas de extirpar el infame contrabando de negros; disminuyamos sin violencia ni injusticia el número de éstos; hagamos lo posible por fomentar la población blanca; derramemos las luces, construyamos muchas vías de comunicación; hagamos, por fin, todo lo que tu has hecho, dando glorioso ejemplo a nuestros compatriotas, y Cuba, nuestra Cuba, será Cuba algún día".

Esta página excepcionalmente sintetizadora del pensamiento de Saco, y diría yo que de la mayoría de la población blanca de Cuba hacia 1850, es el evangelio del reformismo. Quiere modificar las erróneas y nocivas estructuras del régimen español, pero no quiere exponerse a lo que el considera males mayores. Los setecientos mil negros pesan mucho en el horizonte de un estadista como José Antonio Saco.

Ahora podemos preguntarnos: ¿y por qué ese miedo? ¿Es que estaba justificado a pesar de los episodios de Haití (menos terribles, en definitiva, que los episodios de la Revolución Francesa, hecha toda por blancos)?

El negro, el africano, no había conseguido el aprecio de los cubanos blancos. Muchos le seguían teniendo por bárbaro, salvaje, sucio, apestoso, lascivo, etc. En el mejor de los casos era un elemento de risa, un simpático negrito que decía disparates cuando posaba de culto, o que no pasaba nunca de ser un monito imitador servil de los blancos.

La sociedad blanca se precavía contra el avance del negro en innumerables formas. Dulcemente, a la manera del Caribe sensual y sacarino, se mantenía al negro “en su sitio” gracias a la burla, al chiste, a la comicidad esa que no sé por qué parece consustancial al negro. A medida que la sociedad cubana tomaba mayor conciencia de sí, ajustaba más sus dardos endulzados contra el negro. Este oía, a partir de 1850, y lo seguiría oyendo cuando viniese la República, cosas como éstas, dichas medio en broma, medio en serio, que es la manera más seria e inofensiva de decir las grandes groserías:

El negro por justa ley,
Y aunque su suerte sea buena,
Ha de morir en cadena
en los presidios del Rey.

La actitud ante el negro se reflejaba en numerosas frases hechas, que eran verdaderos compendios de psicología y de psicoanálisis. Ante de la Republica, y después de la República, el blanco cubano decía, de una manera normal, rutinaria, no maliciosa pero sí dañina, frases como éstas.

- Oye, vieja, es un negrito, ¡pero más decente!
- Voy a mandarte mi modista; es una mulatica; ¡pero de lo más honrada!
- Oye, vamos a hacer esto bien hecho, como los blancos.
- Yo no tengo inconveniente en sentarme con un negro a la mesa.
- El negro es la última carta de la baraja.
- Oye, Cachita, ¿y qué es de aquel novio tuyo, llamao Gidbetto?
¿Gidbetto? ¡Sola vaya! A tiempo me enteré que era mulato, ¡pa su abuela!
- Mira el niño ha salido adelantao; tiene pelo bueno.
- Mi hedmana Cachita puede bailá en la sociedad de los mulatos, pero yo tengo que ir a la de los negros. ¡Como tengo esta bamba y estas pasas!

Estas frases populares varían de provincia. En alguna de las dos más racistas, Las Villas y Oriente (la actitud camagüeyana ante el negro es otra cosa muy especial), las frases tienen un tono más hiriente, más inconsciente que en el resto del país. Todas esas frases y dichos sobre el negro se resumen en esta horrible compleja, muy recordada al negro en otros tiempos:

Ser blanco es una carrera,
mulato una maldición,
negro un saquito e' carbón

que se vende a cualquiera.

El saquito de carbón dio a las guerras por la independencia el mayor número de soldados. Esto no quita una pizca al hecho doloroso, y enigmático para mí, de que fueran tan pocos en total los cubanos que tomaron las armas en el 68 y en el 95. Pero de esos pocos, los negros eran los más. Sirvió esta presencia para alimentar la campaña de difamación contra el separatismo, y para enfriar en la Isla gran número de ánimos contrarios a la gobernación española. Los políticos y los periodistas partidarios del integrismo, en Cuba y en España, sacaron un gran partido del miedo negro. Los autonomistas llegaron a tener la mayoría de los sufragios cubanos- este fue el gran dolor de Martí y de Maceo- porque eran vistos como la garantía de que nunca el negro llegaría a apoderarse de Cuba.

La prensa española de la época ofrece una documentación muy convincente para quienes duden de este papel decisivo del miedo al negro en la historia de Cuba. En realidad, el único argumento fuerte que utilizaban los enemigos de la independencia era éste. El propio Rubén Darío, que tenía fobia a los negros y aun a los indios, como buen mestizo que era (En España le decían constantemente negro y mulato, para mortificarlo), lamenta, cuando muere Martí, que haya caído al lado “del negro Guillermon”. Darío sólo sabía del gran Moncada que era negro, pero ignoraba que el perfeccionamiento, la santificación absoluta de la vida de Martí, se cumplían ahí, en la manigua junto a Guillermo Moncada, el hombre que al igual que el Cid ganó una batalla después de muerto, con la sola majestad de su cadáver.

Todas las poesías y canciones patrióticas españolas de la época se centran en que Maceo era negro, comía gente cruda, violaba mujeres y quería matar a todos los blancos. La raza era el gran tema, el espantapájaros, el coco. Y que lo fuera en España se explica, porque en efecto el negro era el enemigo número uno y el más temido. Pero lo grave es que ese fuera también el tema decisivo en ciertos sectores de la sociedad cubana. Las familias separatistas llegaron a ser vistas como “negreras” (porque la denominación había cambiado de sujeto: ya no eran los traficantes en negro, sino los amigos de los negros), como traidores a la raza y a la tradición. El hecho de que los adalides fuesen blancos, en el 68 como en el 95, era astutamente ignorado por la propaganda. “Esos blancos locos trabajan para los negros”, decían.

En esa atmósfera, con ese punto de partida, ¿cómo asombrarnos de los que ocurrió en 1898? Inmediatamente se pusieron de acuerdo España y Norteamérica, y se llegó al “Tratado de París. Luego se llegó a la Enmienda Platt. Había muchos, demasiados negros armados. Había muerto Antonio Maceo, era cierto, pero quedaban muchos, demasiados. El peligro que Arango y Parreño viera en 1799, que Saco viera en 1848, que tantos blancos siguieran viendo día tras día,

estaba allí, en pie, materializado en la forma de un mambí que reclamaba unos derechos, que creía tener unos derechos.

Cuando la República es instalada, al frente de ella aparece un hombre, Estrada Palma, que era incapaz de oponerse a ninguna “indicación “ de los norteamericanos. La propiedad seguiría en manos de los españoles, como estaba acostumbrado en el Tratado de París, pero también seguirían en manos de éste los empleos, aun los más humildes. La primera situación difícil en el campo laboral se plantea porque los cubanos aspiran a algo tan modesto como es a poder entrar de aprendices en los talleres de tabacos y otros centros de trabajo. Los españoles reclaman el derecho que les concede el Tratado, Estrada Palma los respalda, y hay muertos en las calles de la Habana. Los muertos son naturalmente, negros cubanos que pedían trabajo en la republica libre.

Al comprender que nada había cambiado esencialmente, los soldados del Ejército Libertador pretenden llevar las cosas a su sitio justo. Piden, especialmente los negros, que eran los más necesitados, que se les dé en la República una oportunidad de empleo. Piden una ley a la República. Tienen los negros dos figuras prominentes con méritos como independentistas ambas: Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado, hombres de cultura, de prestigio, de autoridad. Pero los dos son hombres de paz, conciliadores, evolucionistas, no revolucionarios. No están en el gabinete de Estrada Palma. Ni estarán en el de José Miguel, ni en el de Menocal. Además, no son abogados en la Republica que ha abierto sus puertas, ante todo, a los abogados. Son dos prestigiosos inertes e inermes.

Aparecen frente a ellos dos hombres: Estenez e Ivonet. Tienen méritos independentistas, tienen autoridad para presentarse como voceros de una causa tan justa como es la del derecho del negro al trabajo en la República que ha contribuido a fundar.

Fracasan en su intento legal, el de ir por la vía legislativa, y creen encontrar la fórmula eficaz: hay que organizar a los negros como tales en un partido político, para que de la fuerza de éste salgan los legisladores negros que pueden obtener las leyes necesarias. Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa reflexionan. ¿ Un partido político negro? ¿No sería eso abrir el mismo negro las puertas a todo otro tipo de segregación? Juan Gualberto ha tenido que luchar contra Estrada Palma y contra don Carlos de la Torre cuando estos cubanos iban a acceder a la solicitud norteamericana de crear en la República escuelas públicas para blancos y escuelas para negros.

Ha tenido que luchar también, con la ayuda de Máximo Gómez, contra los que querían aceptar la tesis norteamericana de escuadrones de blancos y escuadrones de negros en el Ejército de la República. ¿Cómo podía apoyar ahora la creación de un partido exclusivamente negro? ¿Era ésa la tesis de Antonio Maceo? ¿Era ése el pensamiento de Martí sobre la ciudadanía de Cuba

independiente? Estenez e Ivonet se vieron solos, con su proyecto fracasado, y acudieron a la violencia. Fue un error, heroico, pero un error. Los racistas se aprovecharon de la coyuntura, y asesinaron a un gran número de negros, principalmente en la provincia de Oriente. De rechazo, muchos negros se vieron despojados de la propiedad de la tierra que les diera el general Martínez Campos cuando el Pacto del Zanjón.

El hecho de que la raza como tal, en masa, secundara el intento de Estenez e Ivonett, como no secundaría luego el intento de los Veteranos y Patriotas, en tiempo de Zayas, también en busca de empleo para el cubano en su propia tierra, no libró a esa raza las aprensiones y de los prejuicios.

No se produjo en la Republica la integración, la solidaridad que cabía esperar de una vinculación tan tremenda y decisiva como fue la de pasarse treinta años peleando hombro con hombro, blancos y negros, por la independencia de Cuba. A un hombre como Quintín Bandera, general cuatro veces, le dio Estrada Palma un nombramiento de barrendero. Años más tarde, a un hombre honorable, esta vez con preparación y no como en el caso de Quintín, que era guerrero de tan pocas letras como Pizarro, al coronel Gálvez (padre de la soprano Gloria Gálvez), le dio Menocal un nombramiento de jefe de la Recogida de Basura de la Habana. ¿A qué seguir?

En la Republica el negro sólo tuvo una oportunidad: la de la política. Por eso, cuando oigo denostar a los políticos cubanos, y así ignorar sus faltas, salgo siempre en su defensa. Fueron ellos, dentro de esa actividad tremenda que es la vida política en una democracia, los únicos medios de que dispuso el negro para llegar a alguna posición, modesta casi siempre, pero posición al fin. Si hubiese prevalecido la tesis aristocratizante de algunos señores del 900, autonomistas casi todos, sobre la negativa del derecho al voto a quien no supiese leer o no poseyese determinados medios de fortuna, yo no sé lo que habría sido del negro en materia de hambre y de desamparo. ¿Como iba a tener los cinco luises que pedían al llegar a la urna para depositar su voto? ¿Y cómo iba a saber leer un hombre que del barrancón del esclavo se había ido a la manigua, para enfrentarse, desnudo y descalzo, a un ejército de doscientos mil hombres?

Afortunadamente, privó la idea del voto libre y universal. El negro se hizo necesario otra vez. Quienes tenían capacidad, don de gentes, simpatía, entraron en la política, y allí consiguieron el nombramiento de la pobre maestra, el del policía, el del médico de Casa de Socorros (en otros sitios no había cabida para los médicos negros), el del empleado en algún Ministerio. El político blanco, necesitado del voto de los negros, abrió más y más la mano en lo de repartir oportunidades a esos que la cursilería llama “ciudadanos de color”. Pero nunca llegaban éstos a los altos niveles de la administración o de la empresa privada. Era tal la lucha por asegurarse el sustento de mañana, que hasta en los medios laborales existían prácticas que, de hecho, aunque

quizá no maliciosamente, constituían una barrera para el negro. Así los famosos contratos en las grandes compañías de servicios públicos, con cláusulas de preferencia en el ingreso para los familiares de los empleados. Y como en sus orígenes esas empresas no admitían negros, ocurría que mecánicamente, sin que nadie quisiese molestar a los negros, éstos no entraban jamás.

Es la vieja historia de la lucha entre razas o entre grupos humanos por conservar dentro del clan las oportunidades. Una vez definido, aceptado por los blancos que el negro estaba “ poco preparado “, que no era fino, que no se portaba correctamente casi nunca, etc., cerrarle las puertas de los empleos, de los sitios de diversión, de los restaurantes de primera clase, era casi una obligación moral.

Esta presión es la que llevaba a tantos negros a ser demasiado finos, “catedráticos”, super-farolíticos. ¡Pero ni así! Lo que conseguían era la burla, la chacota, la irrisión. La evolución de la vieja tradición española, la de las castas, no había calado suficientemente ni en Cuba, ni en ningún otro país de América. Por otro lado, el malísimo ejemplo del admirado norteamericano empujaba también a los cubanos blancos a conducirse en materia de relaciones con los negros en una forma que, aun siendo amable casi siempre en lo exterior, en lo superficial, era rígida e implacable en lo tocante a compartir, participar, convivir.

Hay hasta cierto punto una explicación para esta actitud restrictiva y excluyente del blanco hacia el negro. Las oportunidades reales para progresar económicamente y vivir dentro de un alto nivel de bienestar y de seguridad eran muy pocas en Cuba. Aun dentro de la raza blanca, se tendía a los grupos, a las segregaciones e islotes. En el más caro de los colegios, colegio religioso, por supuesto, celebraban tres comuniones distintas, en días sucesivos. El primer día comulgaban las niñas cuyos padres pasaran del millón de dólares; el segundo día comulgaban las hijas de los señores con no menos de medio millón, y el tercer día eran aceptadas al Banquete de los Ángeles las niñas pobres (pobres para aquel colegio). Si los blancos estaban tan divididos, tan clasificados en escalones netamente separados, ¿cómo iban a estar los negros? A veces escapaba un poco, según la coloración del pellejo, ese ente increíble que es el mulato arrepentido, el que esconde su abuela o a la madre para pasar por blanco. Pero fuera de estos señores, no había negro ni mulato declarado que pudiese salirse de “su “ puesto. Lo propio ocurría en la América virreinal, donde hay casos graciosísimos: echaron a uno del puesto de caniculario de la catedral de Lima porque se descubrió que era mulato (caniculario era el encargado de sacar de la iglesia los perros); expulsaron a un muchacho de la Universidad de La Habana en 1889, porque descubrieron que tenía una abuela judía; prohibieron a Francisco de Miranda montar a caballo y llevar ropa de seda porque era hijo de comerciante; negaron la entrada al seminario conciliar a un modosito jovenzuelo porque la mamá era carniprieta.

Quiero decir que en un punto de solidaridad ciudadana estábamos casi a cero, y en punto a comprensión de cuál es la verdadera doctrina de la República, la doctrina de José Martí, el hombre que dijo “cubano es más que blanco y más que negro: dígame cubano y se han dicho todos los derechos”, estábamos bajo cero. Y lo estábamos por la escasez de oportunidades altas. No había desempleo, es cierto, pero buenos empleos, buenos de veras, había pocos. Estaba en manos extranjeras el comercio, casi toda la banca, muchas industrias poderosas. Después de 1959 se quitó a los españoles más de dos mil millones de dólares, y quedan todavía otros mil como propiedad española. Los norteamericanos, los ingleses, los chinos, los “polacos”, los “moros”, con grandes fortunas, con negocios prósperos, mientras los cubanos, blancos y negros, pero infinitamente más que éstos que aquéllos, se veían reducidos al empleo en el Estado o al cargo menos importante en una empresa, o al trabajo rudo y brutal.

En estas condiciones tiene que haber racismo en un país. Consiste no en maltrato de palabras, no en pérdida de la simpatía o del afecto particular, sino en la barrera puesta al paso de las aspiraciones del otro, por justas que sean.

La perpetuidad o reiteración de esa actitud crea un círculo vicioso que acaba por asfixiar a la raza perseguida. Si el negro no tiene oportunidades, no puede educarse, no puede prepararse para unas oposiciones; no puede ascender más allá del trabajo muscular o del oficio modesto. Y cuando se le ve siempre en la escala inferior de la cultura nacional, se le señala por eso, por inferior, y se afirma que no se le discrimina.

Lo endeble de la estructura nacional cubana -ahora se ha visto de manera clarísima cuántos supuestos de vigor y de salud no respondían a la realidad- hizo posible el desmoronamiento veloz de la República. Si los cubanos queremos reconstruir la nación, y creo que ese es el imperativo de las generaciones que en cuyas manos se perdió la República y el de las generaciones que ahora surgen en el horizonte, tenemos que comenzar por reconstruir interiormente, dentro de cada uno de nosotros, la integridad psicológica, étnica, histórica, cultural, compuestas por las razas que enraizaron en la Isla y por las gentes de todo origen que quisieron construir, a través de los siglos, el hermoso edificio de una Patria libre, justa y feliz, una Patria de todos.

por negro sino por incompetente. “El negro es la rémora de Cuba”, decía en privado Fernando Ortiz, según Jorge Mañach, hombre que a su vez tenía miedo al negro. Es el tonel de la Danaides. Es la roca de Sísifo. Es el buitres rasgando las entrañas de Prometeo.

¿Qué podemos hacer, unos y otros, para superar este conflicto que tan gravoso y perjudicial resulta para la supervivencia sana de la nacionalidad? Podemos y debemos, ante todo, no engañarnos, conocer a fondo el problema reconocer su existencia, y darle el frente, todo el frente, para verlo en su completa y dolorosa realidad. El negro cubano es totalmente cubano, por sentimientos, por cultura, por lealtad a la historia, por propia voluntad. Pero no estaba, no está, integrado de manera sólida y aceptada sin reparos en la sociedad cubana. Tiene sus raíces en Cuba, es una de las raíces de Cuba, pero no está fundido, está apartado, aislado en el torreón de su piel, solo en la prisión de la raza. Las excepciones rarísimas por demás, no cuentan. Había y hay en Cuba dos clases de ciudadano: una de primera, los blancos; y otro de segunda, los negros.

Y donde existe un desequilibrio de tal naturaleza, una incomunicación tan grave entre hermanos, no puede haber, no hay, solidaridad nacional, no hay unidad interna de los elementos que al fusionarse y compactarse producen ese prodigio de prodigios que es una nación recia y bien plantada.